

A diario.

Verónica Pérez Konina

Image not found.

Capítulo 1

Hace meses que no llovía, la hierba era un tapiz amarillo, opaco. Calor y polvo asfixiantes.

Pero hoy hizo más calor que nunca. El sol apenas traspasaba la atmósfera. Sudor. Un día agotante.

Y de pronto truena, caen las primeras gotas sobre el pavimento. La lluvia es fría, penetra por el cuello de la camisa, empapa el pelo. El aire se va limpiando, olor verde y azul, hojas mojadas.

El polvo se disuelve calle abajo en miles de hebras, charcos espumosos, jabón negro del asfalto.

La rade nace liviana, como si fuera sábado. En un día de pavimento negro es natural comprar flores: a esa misma viejita, sí, deme algunos claveles. Gracias.

En casa no hay nadie. Mejor. Primera tarea, encender el fogón de luz brillante (hasta cuando voy a cocinar con este cacharro). Los frijoles, es lo que más demora y el agua de Juan, para que se bañe temprano.

Un calzoncillo y un par de calcetines, aquí se los pongo, sobre la cama.

¿Qué andará haciendo? Seguramente en la esquina. ¡Otra vez!

Ojalá hoy no tome tanto. Dios mío, ojalá hoy no tome tanto...

¿Y mis flores? Tristes claveles rojos. Los colocaré en el centro de la mesa. Se ven bonitos, así...

Dejame aprovechar para sacudir las repisa, los perritos de porcelana y los cristales que encierran fotos de Juan, Lisito con uniforme de primaria, Sergio de militar, en Angola, Tati sonriendo. ¡Felicidades mamá!

Sergio siempre nos visita de prisa. Un beso, qué tal, mi vieja. ¿Cómo va eso? – despega al padre del televisor; saca la botella de ron. Es sólo un traguito: y la esposa, que no aparece en la conversación, se dibuja en la mente de los tres. Figúrate, ingeniera...

¿Lisito? Esa loca... Debe estar otra vez en la playa, en la de 12, creo.

Ahora viene a comer, sólo eso y se va. Para una fiesta, dice, ¡si el padre se entera! Juan no se despierta a esas horas, pero los pasos resuenan en el pasillo a la 1, a las 2, a las 3 de la madrugada. Qué hacer, si no entiende regaños. ¿Pegarle? Es grande ya...

Si me ayudara un poco en la casa... Esa novela que empecé, hace meses. No tengo tiempo para nada.

Entre el trabajo y la casa, me siento cercada, como en una jaula, de una esquina a otra; ni al cine, ni a dar una vuelta, ni...

Juan no que ría que trabajara, mi mujer no tiene que estar vendiendo nada. Pero Lisito, con sus vaqueros, los pantalones bombachos, Sergio que se compró un Lada. Más los muebles, estaban en las últimas, hubo que forrar el sofá y las butacas. La librería de la esquina le pareció entonces un trabajo fácil, cerca de la casa. No le pagarían mucho, pero siempre es una ayuda.

Un portazo. Esa fue Lisi. Como siempre, no querrá decir dónde estuvo. Y luego las vecinas, que vi a tu hija en la costa, en el Tritón, o andaba por 110, y no sé qué hacer con ella.

- Hola, - me tira bruscamente el saludo. – ¿Ya está la comida?
- Lisi, tú no has almorzado... ¡Te va a dar anemia!
- Hay, mami, no empieces...
- Pero de algo tengo que hablarle:
- ¿Por qué no vas a llamar a tu padre?
- ¿A dónde? ¿A la esquina? ¡Qué va! – Se cruza de brazos.
- No seas así. Él te hace más caso... Si se queda hasta tarde, no habrá quien lo soporte, tú sebes.
- ¡Qué mal me cae tener que ir a buscarlo! – Ha puesto una cara...
- Si viene ahora, no armará ningún escándalo...
- ¡Qué remedio! – Suspira con resignación. Parece que logré convencerla.

Se pone un pantalón corto por encima del biquini, se engancha la camiseta.

- ¡Tengo hambre!
- La comida estará dentro de poco.

Lisi, Lisi. Si se cuidara más. Tiene ese pelo, horrible. Y las uñas... Ahora la han visto con Abram. A ese lo conozco hace tiempo. No creo que le convenga: es un vago, siempre lo encuentro mataperreando aquí al doblar. Pero ella no haría caso. Si se le mete algo en la cabeza, no hay quien la haga cambiar de parecer.

Ya vienen. Camina bastante recto... Es como un extraño. Ahora sin saludarme se hundirá en su sofá. Ni que yo estuviera pintada en la pared. Los frijoles en la sopera, lascas de plátano maduro burbujendo sobre la sartén, y la ensalada, de pepino y tomate. Tendré que freír pescado, ya nos comimos el pollo que tocaba por la libreta.

Le Llevaré yo misma el cubo al baño. Se bañará con esmero, mucho jabón, talco, agua de colonia que no logran ocultar sus ojeras de borracho...

Su digestión será lenta, sentado frente al televisor. Tener que observar su grasienta nuca.

Nada de hablar con él. Puede soltar cualquier número. Mejor dejo todo en la mesa y me voy a casa de Nena, a ver la novela con tranquilidad. Allá él, si rompe los vasos otra vez, tomaremos en botes de compota. Yo no los compro más. Ya me tiene harta.

Claro, será mejor no hablar. Lisi también se largará, como siempre. Iré a casa de Nena. Creo que está bastante borracho...

Ojalá no se burle de las flores.